

Diálogo sobre el diálogo

E.
MIRET
MAGDA
LENA

VIENE oportunamente al mundo de los lectores españoles preocupados por la confluencia entre cristianismo y marxismo el pequeño libro "El encuentro: diálogo sobre el diálogo", de la editorial Laurus, que recoge las espontáneas conversaciones entre un comunista ateo, como Manuel Azcárate, y otro creyente, que es Miquel Jordá, con tres conocidos teólogos: los padres José María Llanos, S. J.; José María Díez-Alegría y Juan José Rodríguez Ugarte, a los que se une un prólogo profundamente original del pionero de este diálogo, J. M. González Ruiz.

El tono abierto y comprensivo del libro recoge lo que deberían ser hoy en España el diálogo y la cooperación entre marxismo y cristianismo. Resulta un buen modelo de cómo tendría que plantearse en la vida española este tema en sus aspectos político, social, económico, cultural y religioso.

Para González Ruiz, "los análisis científicos del materialismo histórico", por un lado, y "la fe", por otro, son en sus relaciones algo así como las dos naturalezas —humana y divina— que hay en Jesús. Ambas son reales y tienen su propia estructura, y se encuentran unidas en Jesucristo, sin confusión ni dominación, por virtud de una unión personal, que los teólogos llaman hipostática, y que en ella se realiza y se explica el dogma católico acerca del fundador del cristianismo. Ingeniosa y oportuna imagen para llegar a entender un católico lo que sea la relación entre el cristianismo y el marxismo. En cuya relación "ni la fe se presenta como sucedáneo del análisis científico ni este último pretende agotar toda la realidad de la vida humana y cósmica" como sigue señalando con acierto González Ruiz. La realidad vital del hombre y del mundo no se agota en una explicación simplificadora de la interacción condicionante que existe, según el marxismo, entre infraestructura económico-social y superestructura ideológica o institucional. Porque la realidad vital del arte, la poesía y la fe escapa, en su riqueza, a un pretendido análisis demasiado superficial que quisiera abarcar con la teoría infraestructura-superestructura todo lo real, como lo reconoce también en sus conversaciones Manuel Azcárate a propósito de estos factores poéticos o religiosos. Es este un paso de gigante que ha dado por fin el diálogo entre el cristianismo y el marxismo, al no cerrarse por el lado marxista adoptando posturas que estarían faltas de verdadero realismo.

Los dialogantes: contestan a las tres

preguntas clave en forma espontánea y —lo que es más importante— "encarnada" y comprometida en sus propias vidas, lo que un marxista llamaría en su praxis.

Azcárate confiesa con sinceridad su ateísmo marxista, pero sin ningún dogmatismo, porque la nueva y convencida apertura comunista que él representa proviene del aprecio que les merece la conciencia vital del creyente cristiano, entregado a perfeccionar el núcleo de la vida misma en su vertiente no sólo individual, sino social. Por eso resulta interesante reflexionar sobre la confluencia vital que existe entre los nuevos planteamientos de los creyentes y la nueva postura atea. El clericalismo, la teocracia y el evasiónismo de las tareas humanas han desaparecido de estas nuevas concepciones religiosas que aceptan simultáneamente cristianismo y marxismo, sin por eso perder los valores religiosos que aquél tiene ni la fuerza social que este otro posee.

Para entender mejor este diálogo, que representa un porvenir esperanzador, porque más que diálogo es un verdadero encuentro, resumo con las propias palabras de los conversadores los cuatro puntos básicos que se desprenden de él.

1.º Para superar todo teocratismo, en la incidencia que pueda tener lo eclesial sobre las cosas de este mundo, sostiene el padre Díez-Alegría que "el papel de la jerarquía es de pura enseñanza ética" y que "la incidencia de la autoridad eclesial en el campo político es de tipo puramente doctrinal y no jurisdiccional". Exacto: la Iglesia no tiene poder sobre las cosas de esta tierra, sino solamente puede hablar de ideas, de principios, de orientaciones que quedan en el plano ético, sin caer nunca en una concreción que exija o prohíba la actuación del católico, ya que éste debe tener una plena responsabilidad de decisión con autonomía en las aplicaciones de los principios católicos básicos.

2.º "La Iglesia poderosa, de izquierdas o de derechas, que se pronuncia sobre todo (sobre la instrucción, las alianzas, etc..., menos sobre el trazado de carreteras)" no es la de Jesús, porque él "no vino para esto, y, por eso, el católico está libre", como asegura el padre Llanos. Y termina con esta interesante confesión: "Si yo pienso en marxista es que me he encontrado, además, una añadidura a otro nivel de algo que no le tocaba a la Iglesia en su mensaje salvador", puesto que la fe —al no ser una ideología— no llena todo el campo humano ni puede incidir totalmente so-

bre la ideología marxista, y sólo puede ser un freno la religión de un Dios alienador del hombre, el mismo Dios que combate Marx y también el padre Llanos porque "el Dios que niega Marx no es mi Dios".

3.º "¿Cómo traducir mi opción ético-evangélica en un compromiso histórico concreto?", se pregunta el sacerdote Juan José Rodríguez. Y se contesta: "El marxismo es la respuesta a esta cuestión, no por vía de fe, sino de racionalidad científica". El marxismo es un complemento humano a la fe, que no debería ni sustituirse ni oponerse a ella por estar en distinto plano.

4.º Hace unos años, no muchos, había creyentes que llegaban a través de la lucha a la conclusión de que su lugar estaba en el PC, pero se creían obligados a no aceptarla. Después ha venido otra etapa, y se planteaban: ¿Tengo que abjurar de mi fe? No —se decían—; no está en contradicción, no se entiende que sea antagónico", es lo que confiesa por experiencia Miguel Jordá.

Azcárate confiesa notablemente que su ateísmo ha evolucionado en estos años desde una postura negativa hacia una actitud comprensiva, por influencia del testimonio y del pensamiento de los cristianos. Confesión importante de uno de los principales pioneros del diálogo cristiano-marxista en las reuniones de la *Paulus-Gesellschaft* hace una docena de años. Por toda esta labor el marxismo y el cristianismo han pasado de la época de "la coexistencia de poder a poder" a una "marcha conjunta hacia una sociedad nueva". El marxismo es un "método para entender la sociedad y transformarla", no debe ser una doctrina totalitaria y fija como algunos piensan. Y la "praxis" es incluso "elemento decisivo de la misma teoría del conocimiento". El marxismo lo que necesita es "depurarse del marco cultural en el que se ha engendrado" para ser más eficaz hoy y concordar con la corriente liberadora del cristianismo. Por eso cierra el broche de estas conversaciones el padre Díez-Alegría diciendo: "Hay modos de entender el marxismo que son perfectamente compatibles con la fe". Aquellos modos que superan todo dogmatismo cerrado, todo totalitarismo inhumano y toda actitud irrespetuosa de la libertad como están intentando el eurocomunismo o los socialismos democráticos marxistas. ■